

SAN JUAN FRANCISCO REGÍS, DE LA COMPAÑÍA DE JESÚS

Día 24 de mayo

Comúnmente incluyen los calendarios a este Santo en este día; pero el Martirologio Romano le trae en el 16 de Junio.

P. Juan Croisset, S.J.

Este célebre misionero, tan conocido en el mundo, así por sus admirables virtudes como por sus muchos milagros, nació el día 31 de Enero de 1597 en Foncubierta, pequeña población del obispado de Narbona. Fue su padre Juan Regis, de la noble y antigua casa de Deplas, y su madre Magdalena Darcis, hija del Sr. de Segur, uno y otro más recomendables por su virtud que por su nacimiento. Desde la misma infancia del niño Regis pareció que Dios le amaba y le había, escogido singularmente para su mayor gloria.

Pagados sus padres de las bellas prendas de Juan, le enviaron á estudiar al colegio de la Compañía de Beciers. Señalóse luego entre todos los condiscípulos por el ingenio y por la virtud.

Como había mamado con la leche una tierna devoción á la Santísima Virgen, luego que se vio estudiante pidió ser alistado en la Congregación de esta Señora, que con tanto provecho y con tanta edificación de la juventud suele estar fundada en todos los colegios de la Compañía. Resplandeció singularmente su virtud entre todos los congregantes, y en todos se observó no sé qué nuevo fervor, efecto de los ejemplos de Regis.

Estrechó particular amistad con algunos más fervorosos y más ajustados, y formó con ellos otra como pequeña congregación que llenó de admiración á todo el estudio.

Concluido el noviciado, se aplicó al estudio de la elocuencia y de la filosofía, sin perder nada de su fervor. Hiciéronle maestro de la juventud en una clase de gramática, y este nuevo empleo dio ocasión á que brillase más su celo y su virtud. Enseñó letras humanas en Billón, en Ausch y en Puy, venerado en todas partes con admiración, y conocido en todas por el nombre común de *Ángel del Cielo*.

No esperó el celo de nuestro fervoroso jesuíta á la sazón regular para producir copiosos frutos. Apenas había salido del noviciado, cuando le mandaron explicar la doctrina en una población llamada Audace, poco distante de Turnón. Fue extraordinario el concurso, y fue el fruto prodigioso. Reformó las costumbres de todo aquel pequeño pueblo, fundó la Adoración perpetua del Santísimo Sacramento, y hoy es el día en que se acuerdan de la mucha impresión que hicieron en los corazones de los habitantes sus exhortaciones y sus ejemplos.

Enviéronle á estudiar la teología al colegio de Tolosa, y muy desde luego dio pruebas claras de excelente ingenio y de eminente talento para las facultades mayores. Previniéronle los superiores que se dispusiese para recibir el sacerdocio, y aquí fue donde se sintió como aturdido á vista de su indignidad; pero precisado, en fin, por la obediencia, recibió los órdenes sagrados y celebró el divino sacrificio con tanta devoción, continuada después por toda su vida mientras estaba en el altar, que la infundía á cuantos oían su Misa. Aquel mismo año se declaró la peste en Tolosa, y con reiteradas instancias alcanzó de los superiores que le permitiesen

asistir á los apestados. Destinábale, efectivamente, el Cielo á mayores y más dilatados trabajos. Llevábale fuertemente la inclinación al ejercicio de las misiones, y pidió con instancias ser enviado al Canadá, por saber lo mucho que padecían los jesuítas en aquellas penosísimas misiones; pero el Señor le había destinado para santificar las provincias de Francia y para renovar en ellas las maravillas que obraron en los primeros siglos los varones apostólicos.

Dio principio al ejercicio de las misiones en Foncubierta, lugar de su nacimiento, siendo quizá el primero que fue tenido por buen profeta en su tierra. Apenas se puede concebir vida más austera, más laboriosa, ni días más verdaderamente llenos que los suyos. Antes de amanecer estaba ya en la iglesia, donde, después de la oración, hacía al pueblo una plática fervorosa; decía después Misa; predicaba dos y tres veces al día, y empleaba en el confesionario todo el tiempo que no ocupaba en el pulpito. Visitaba á los enfermos por vía de descanso, y casi todos los que llamaba alivios eran alguna nueva obra de misericordia. Apenas dormía más que dos ó tres horas, echado en el duro suelo, ó recostado en alguna silla. Desde los primeros años de su ministerio apostólico se prohibió el uso de la carne, del pescado, de huevos y de vino; su alimento regular era pan y agua; y si tal vez se veía precisado á tomar un poco de leche, se acusaba de su excesiva delicadeza. En los diez últimos años de su vida, jamás se desnudó el cilicio. Su confianza en Dios era sin límites, y obraba el Señor grandes prodigios en su favor. Rompióse un día una pierna de resultas de una caída, y al punto se le consolidó perfectamente sin algún remedio humano.

No se ciñó sólo al Langüedoc el teatro de la inmensa caridad de nuestro apóstol. No hubo pueblo ni aldea en

el Vivares, no hubo choza ni cabaña en el Valay, adonde no penetrasen los ardores de su celo. En Tolosa, Montpellier, Somieres y Puy fundó casas de recogidas, adonde voluntariamente se refugiaban las mujeres arrepentidas. Estas utilísimas conquistas le suscitaron muchos enemigos. Ciertos libertinos resolvieron asesinarle: con este intento le llamaron, ya muy entrada la noche, á la iglesia del colegio, fingiendo querían confesarse; supo el siervo de Dios, por revelación divina, sus sacrílegos intentos; bajó, púsoseles delante, hablólos, moviólos, convirtiólos, y la respuesta de aquellos infelices hombres fue un torrente de lágrimas que derramaron.

Los felicísimos sucesos de la misión que hizo en Cheylard, apenas parecían creíbles aun á los mismos que fueron testigos de ellos. Lachau, Privas, San Aggrave, San Andrés, Fangas, Marlies y todos los pueblos comarcanos acreditaron lo que puede un predicador animado del espíritu apostólico. Los herejes, no pudiendo resistir á un hombre tan poderoso en obras como en palabras, abrazaron la religión católica.

No pudiendo reprimir los incendios del divino amor que abrasaba su inflamado corazón, se le oía muchas veces prorrumpir en estas exclamaciones: *¡Oh Dios mío, oh amor mío y delicias de mi corazón! ¡Es posible que yo no os pueda amar todo lo que Vos merecéis ser amado, y todo lo que yo deseo amaros!* Por eso se comunicaba el Señor á aquella grande alma de un modo verdaderamente singular. Las indispensables distracciones de su ministerio no le interrumpían la íntima unión con su Dios; y en medio de las mayores ocupaciones se le vio muchas veces extático y elevado.

De este vivo amor á Jesucristo, que le penetraba todo el corazón, nacía aquella tierna compasión con que miró á los pobres toda la vida. Siempre se le hallaba

rodeado de ellos; considerábalos como la porción más querida del rebaño de Jesucristo; y entre los pobres sentía particular inclinación á los de las aldeas y de los campos, por contemplarlos más desamparados. Su celo no reconocía límites; en tratándose de salvar un alma, nada se le hacía dificultoso. El gran teatro de esta inmensa caridad se puede decir que fue la provincia del Puy. Enviáronle los superiores á esta capital el año de 1636, para explicar la Doctrina en la iglesia del colegio, y para que de cuando en cuando hiciese algunas excursiones por las aldeas de la comarca. Era tan grande el concurso á las doctrinas, que fue preciso tomar algunas providencias para que no sucediesen desgracias en los auditorios. El fruto correspondió al concepto que se tenía de su santidad, y en el espacio de tres meses se observó en toda la ciudad una total mudanza de costumbres. El retiro de todas las mujeres de mala vida, y sobre todo la conversión de una famosa dama cortesana, fueron causa de muchas persecuciones que se suscitaron contra él. No pocas veces fue insultado, abofeteado, apaleado, acoceado y arrastrado por el suelo; pero su paciencia y su dulzura desarmaron á los furiosos y convirtieron á los disolutos. Con todo eso no fueron éstas las pruebas más sensibles en que se acrisoló la virtud del fervoroso jesuíta.

Ejercitósela terriblemente cierto rector nuevo que llegó á gobernar el colegio de Puy. Fuertemente impresionado contra el Santo, desaprobó, desde luego, su derramamiento hacia afuera (así le llamaba él). Limitó su celo, reduciéndole á términos muy estrechos; moderó las visitas que hacía al hospital; prohibióle el ejercicio de muchos ministerios; empeñóse en mortificarle, reprendiéndole en público y en particular; en una palabra, nada hacía Regis que mereciese la aprobación de su rector; pero nada de esto bastó para arrancar de la boca del Santo ni una sola palabra que sonase á queja,

ni á defensa ó apología de su proceder. Obedeció en todo con la más puntual exactitud y con la mayor alegría, padeciendo con religioso silencio. El ejercicio fue terrible, pero de corta duración. Fue desaprobada la conducta del rector, y él mismo al cabo reconoció y condenó sus violencias. Removiéronle del empleo, y el sucesor que le señalaron dejó libre al Santo el ejercicio de sus ministerios, sin poner límites á la extensión de su celo. No sería fácil proceder de otra manera, porque el Cielo autorizaba visiblemente con prodigios la caridad de nuestro apóstol.

Hallándose la ciudad de Puy con una extrema carestía de granos, tomó Regís de su cuenta el sustentar á todos los pobres. Juntó con grandes trabajos y fatigas todo el trigo que pudo, encerróle en una panera, y púsola al cuidado de una virtuosa señora llamada Margarita Baud. Acabóse muy presto toda la provisión, y avisado el Santo de que no había trigo, ni dinero para comprarle, no por eso dejó de enviar á la caritativa señora á una pobre mujer cargada de hijos, con orden de que la diese todo lo que hubiese menester para mantenerse y para mantenerlos. Admirada la virtuosa matrona, fue á buscar al siervo de Dios y le dijo que extrañaba mucho la orden que la había dado, pues no ignoraba que no había grano de trigo. Sonrióse el Santo, y la respondió: *Andad, y á nadie me neguéis limosna*. No replicó la buena señora; volvió á casa, y halló la panera llena de trigo. Este prodigio, que se repitió por tres veces durante la carestía, tuvo por testigo á toda la ciudad. Ni fue éste solo milagro el que obró Regis durante su vida. Siendo aún mozo, y enseñando gramática en Puy, curó de repente de una grave enfermedad á un discípulo suyo, que ya había recibido los sacramentos; en fin, no hizo misión que no fuese señalada con algún prodigio.

Siendo tan inmenso el celo de nuestro misionero, no

podía encerrarse dentro de las murallas de una ciudad. No hubo pueblo, aldea, choza ni cabaña en los obispados de Puy, Viena, Valencia, Viviers, en el territorio de Velay, que no hubiese corrido el siervo de Dios en los cuatro últimos inviernos de su apostólica vida. Fai, Marlhes, San Salvador, San Pedro de los Macabeos, San Bonete el Frío, Vourey, Mouregard, Montfaucon, Rocoulles, Marcou, Chambón, Lalovesco, jamás dejaron de publicar los asombrosos trabajos y los maravillosos frutos del cielo de su nuevo apóstol. En Fai dio vista á dos ciegos; en Marlhes libró á un endemoniado; en Mouregard convirtió á la religión católica á la célebre madama de Romecin; en Montfaucon expuso su vida asistiendo á los apestados, y por sus oraciones cesó el contagio. En todas partes correspondía el fruto á su celo y á sus deseos. Esto le obligó á escribir al Padre general de la Compañía la carta siguiente, cuyo original se guarda en el archivo de la Profesa de Roma, y es su fecha de 1.º de Abril de 1640.

M. R. P. N.

Recurro hoy á V. P. con tanta mayor confianza, cuanto estoy persuadido á que la súplica que voy á hacer á V.P. no será de su desagrado. Esta es, que V. P. por su bondad se digne permitirme consagrar la vida y fuerzas que me restan á la enseñanza de la gente del campo. No puedo explicar los grandes bienes que produce este género de misiones. Hablo de experiencia, habiéndolo visto por mis ojos, y pluguiese á Dios se me hubiese dado licencia para experimentarlo más frecuentemente. Pido, pues, licencia á V. P. M. R. para emplearme por lo menos seis meses al año en este divino ministerio. El señor obispo de Puy me ha dado todas sus facultades; muchos curas y muchos pueblos piden con grandes instancias la misión. El Padre rector, juzgándome necesario en el colegio, me detiene en él de tiempo en tiempo, á pesar de la extrema necesidad de tantas almas como perecen en las aldeas por falta de socorros espirituales. Suplica á V. P. se sirva hacer reflexión á que en los lugares grandes se distribuye

el pan con abundancia, mientras los pobrecitos del campo se mueren de hambre, por no haber una mano caritativa que los reparta él pan de la divina palabra. Espero de la paternal bondad de V. P. que no me negará la gracia que le pido, aunque no sea más que por consolarme en la repulsa que me dio cuando pedí ir al Canadá. Si la respuesta fuere favorable á mis deseos, me colmará de alegría, etc.

Condescendió con gusto el general á estos deseos, y el provincial, que se hallaba en Puy cuando vino la respuesta, tuvo especial complacencia en que el general aprobase aquello mismo que él había ya permitido. Después que el siervo de Dios santificó todo el país de Montfaucon, de Recoules y de Verines, publicó para la vigilia de Navidad la misión de Lalovesco. Retiróse al colegio de Puy los últimos días del Adviento, para disponerse á morir con tres ó cuatro días de ejercicios, porque ya le había el Señor dado á entender claramente que aquella misión había de poner fin á sus trabajos. Pasólos el siervo de Dios en íntima comunicación con Su Majestad, sin tratar con persona humana. Ocupado únicamente en el pensamiento de la eternidad, declaró á un padre del colegio, de su especial confianza, que sentía ciertos secretos anuncios de su cercana muerte. El tal Padre, de cuya boca oyó esta noticia treinta y nueve años ha el autor de esta *Vida*, hizo cuanto pudo para disuadirle que saliese á aquella misión; pero Regis le respondió: *Llámame Dios á Lalovesco, y es preciso que vaya*. Dio fin á sus ejercicios con una confesión general, y la antevíspera de Navidad partió para su amada misión. El tiempo estaba terrible; el país por donde viajaba era el más quebrado y el más escarpado del mundo; descaminóse, y no tuvo otro arbitrio que refugiarse en una choza abierta á todos los aires. Pasó en ella toda la noche, expuesto á un viento frigidísimo y violentísimo. Acometióle un fuerte dolor de costado, acompañado de

una ardentísima calentura, con la cual fue arrastrado hasta Lalovesco. Entróse derecho en la iglesia, y, sin hacer caso de sus dolores ni de su fatiga, abrió la misión predicando un fervoroso sermón, y después se fue al confesionario, donde estuvo hasta muy entrada la noche. Suplía el celo las fuerzas que faltaban al cuerpo. El día de Navidad predicó tres sermones, otros tantos el día siguiente, y confesó cerca de veinticuatro horas. Pero, cediendo el espíritu á la debilidad, le dio un desmayo. Lleváronle á casa del cura, y, no acertando á rendirse aquella grande alma, todavía confesó allí algunos pobres paisanos que le iban siguiendo desde la iglesia; hasta que, repitiéndole otro desmayo, fue preciso meterle en la cama.

Despachóse un propio con esta noticia á los jesuítas de Anonay, distantes solas tres leguas de Lalovesco. Acudieron prontamente, llevándose consigo á un médico. Declaró éste que, en su juicio, la enfermedad no tenía remedio, y no se puede explicar el gozo con que oyó el moribundo tan alegre nueva. Antes de recibir los sacramentos quiso repetir con el P. Lascombe la confesión general que ocho días antes había hecho en Puy. Recibió el Viático y la Extremaunción, como un hombre abrasado en el fuego del divino amor. Trajéronle un caldo; no le quiso admitir, diciendo que deseaba sustentarse hasta la muerte como los pobres, y que, en lugar de caldo, le darían gusto si le suministrasen una taza de leche. Suplicó al P. Lascombe que le hiciese conducir á un establo, para tener el consuelo de morir en un lugar semejante al que Cristo había escogido para nacer, ya que no podía morir en una cruz como su divino Salvador; pero el Padre le respondió que su extremada debilidad no permitía se le removiese. El hermano Bideau, su compañero ordinario, que á la primera noticia se puso apresurado en camino, y desde que llegó no se separó un punto de su cabecera, aseguró que todo aquel

tiempo le había pasado el siervo de Dios en continua oración. La noche del último día de Diciembre, poco antes de las doce, quiso el Salvador colmar de alegría á su siervo, anticipándole los gustos de la gloria. Apareciósele visiblemente Jesús y María. Confortado con esta celestial visión, y no pudiendo contener el gozo, exclamó todo transportado, mirando al hermano Bideau: *¡Ah, carísimo hermano mío, y qué dicha es la mía! ¡Qué contento muero! Jesús y María se dignan convidarme á la dulce estancia de los bienaventurados.* Un instante después, juntando las manos y fijando los ojos en el Crucifijo, pronunció estas palabras: *Jesucristo, Salvador mío, yo te encomiendo mi alma y la pongo en tus manos;* y entregó dulcemente su espíritu en las de su Criador hacia la media noche del mismo día, año de 1640, á los cuarenta y tres y once meses de su edad, habiendo vivido veinticuatro en la Compañía, y los diez últimos empleándolos en las misiones. Fue beatificado por Clemente XI el 8 de Mayo del año 1716, y canonizado por Clemente XII en 1737.

La Misa es del común de confesor no pontífice; y la oración, que compuso el mismo Papa que le beatificó, es la siguiente:

i Oh Dios, que adornaste con una admirable caridad y con una invencible paciencia á tu confesor el bienaventurado Juan Francisco, para que pudiese sufrir tantos trabajos por la salvación de las almas! Concédenos benigno que, enseñados de sus ejemplos y protegidos con su intercesión, merezcamos el premio de la vida eterna. Por Nuestro Señor Jesucristo...

La Epístola es del cap. 31 de la Sabiduría, y la misma que el día 12.

REFLEXIONES

Bienaventurado aquel que no coloca su esperanza en el dinero ni en los tesoros. Necesariamente ha de tener poco entendimiento y menos religión el que se apoya sobre fondos tan caducos. ¿Qué mérito dan las riquezas al que no tiene entendimiento ni virtud? Y, aunque tenga el primero, si le falta la segunda, ¿de qué le servirá? Una estatua de oro nunca es más que una estatua. No hay estado más peligroso para la salvación que el de los ricos. Las honras embelesan, la abundancia atolondra, y el regalo de una vida deliciosa embriaga. Yo, dice el Señor por el Profeta, quise disipar todos esos embelesos, y haceros volver de vuestras ilusiones; os hablé cuando todo se os mostraba risueño en medio de vuestra prosperidad y de vuestra abundancia, y siempre os hicisteis sordos á mi voz. Los días que llama el mundo felices no son ciertamente días de conversión; el tiempo de prosperidad no es la sazón más propia para la penitencia. Los consejos más saludables, las exhortaciones más eficaces, las reflexiones más convincentes hacen poca fuerza á un corazón lleno de tesoro. La docilidad á la fe y el rendimiento á la gracia no son las virtudes que más se pueden esperar de los hombres vanos. Una dama profana y un hombre rico dejan al pobre vulgo el aprecio y el ejercicio de las máximas del Evangelio; las del mundo son más de su gusto; pero icuál será su suerte eterna! ¿Tendrán parte en la estancia dichosa de los bienaventurados? ¡Dios mío, y qué poco se conocen las utilidades de una vida humilde y necesitada! Es cierto que la pobreza espanta; pero, con todo, la condición de los pobres puede ser un rico mineral de merecimientos y de felicidades.

El Evangelio es del cap. 12 de San Lucas, y el mismo que el día 12.

MEDITACIÓN

De la caridad con los pobres.

PUNTO PRIMERO.—Considera que la caridad, en el sentido en que ahora la tomamos, es, hablando propiamente, efecto de una virtud moral y cristiana que consiste en socorrer al prójimo en sus necesidades con la limosna, con el consejo y con los buenos oficios. Esta virtud, según la doctrina del mismo Jesucristo, nace del amor que se tiene á Dios, y, según la misma doctrina, ha de ser el distintivo de todos los cristianos. La señal por donde todos conocerán que sois discípulos míos, será si os amáis unos á otros. Esta caridad benéfica y generosa siempre tiene abiertas las manos para socorrer al prójimo en sus miserias. Quiso la Divina Providencia que se conservase entre los hombres la caridad por el recíproco comercio de asistencia y socorro que mutuamente dan unos á otros; pero este comercio no es precisamente voluntario y de pura benevolencia; es en algunos casos de justicia y de obligación indispensable. Si naciste en medio del esplendor y de la abundancia, no lo debiste á tu industria ni á tu mérito; Dios dispuso la diversidad de condiciones; y cuando quiso que unos naciesen necesitados de todas las cosas, encargó que los socorriesen en ellas á los que proveyó con abundancia de todo; de manera que, favoreciendo á éstos, no se olvidó de aquéllos, pues los puso al cuidado de los ricos. Son las riquezas beneficios á título oneroso; los pobres tienen derecho á ellos; y si la Divina Providencia se los concedió á los ricos, fue con el gravamen y condición precisa de que los pobres habían de entrar en sus rentas á la parte; y de esta manera proveyó á las necesidades de todos.

PUNTO SEGUNDO.—Considera que la verdadera caridad no se limita únicamente á lo que se llama limosna; es muy ingeniosa y encuentra mil industrias para

aliviar á los afligidos. Cuando faltan las riquezas, no faltan los buenos oficios, los obsequios ni las diligencias. Nunca sabe estar ociosa su actividad. En vano procuran el honor y la vergüenza sepultar en las tinieblas la necesidad de las honradas familias; á la fina caridad no se la ocultan aun las miserias más invisibles; ninguna se esconde á su solícita vigilancia. Los enfermos más asquerosos, los más abandonados, tienen para ella no sé qué oculto atractivo. Penetra las prisiones, y sabe abrirse las puertas de los más profundos calabozos. ¡Qué no puede y qué no hace un celo animado de la caridad! Pero aun mucho más excitan su compasión las necesidades espirituales que las corporales. Esta caridad cristiana es la que enciende aquella misteriosa lámpara con la cual los verdaderos discípulos de Cristo alumbran á todos aquellos que están envueltos en las tinieblas del pecado. Aquel ardiente, infatigable y generoso celo que, por decirlo así, devora á todos los fieles siervos de Dios, efecto es de la caridad cristiana. Considera los inmensos trabajos de aquellos hombres apostólicos que sacrificaron su sosiego, su salud y su misma vida por la salvación de las almas. Basta sólo un Regis para que comprendas lo mucho que puede una ardiente caridad, junta con un ayuno riguroso y continuo, en un país verdaderamente horrible, en el rigor de la estación más cruel, con trabajos y con fatigas que apenas caben en la imaginación. Todo su fin era instruir á los pobres y santificarlos; á esto se reducía todo el motivo de su celo.

Alcanzadme ioh bienaventurado Regis! aquélla caridad, aquel amor á mi prójimo que poseísteis vos en grado tan eminente. Ni vuestra intercesión ni el crédito que lográis para con Dios se limitan alas necesidades corporales; sin comparación os mueven mucho más las espirituales. Conseguidme, pues, del Señor una caridad perfecta, en virtud de la cual ame á mi Dios sobre todas las cosas, y al prójimo por el amor de mi Dios.

JACULATORIAS

Dichoso aquel que atiende á las necesidades del menesteroso y del afligido; cuando él mismo se vea en aflicción, logrará el consuelo y la asistencia del Señor.—*Ps. 40.*

Señor, abrasad mis entrañas y mi corazón con el fuego de vuestro amor.—*Ps. 25.*

PROPÓSITOS

1. Es señal de un buen corazón tener compasión de los afligidos. El que se muestra duro en los trabajos de otro, es poco agradecido á los beneficios de Dios. No es tierno con Dios el que no lo es con el prójimo. Conviene, pues, que la caridad sea tu amada virtud. Préciate de tener un corazón tierno y compasivo, singularmente con los pobres; pero ten presente que la verdadera compasión, primer fruto de la caridad, no consiste en ternuras exteriores, ni en lágrimas estériles; pide necesariamente socorros efectivos.

2. Para aliviarlos hay diferentes medios. No sólo se les puede socorrer con la limosna, sino con el consejo, con los buenos oficios y con la doctrina saludable. A un pobre encarcelado, á un enfermo, al que su pobreza y su honra le tienen encerrado entre cuatro paredes, le consuela mucho una visita; todas estas obras de misericordia son otras tantas limosnas. Llevará Dios la cuenta de ellas, y en el gran día del Juicio éstos serán los títulos y los méritos que tendrá, presentes para premiar á los escogidos.